

La comunidad judía en México

Guadalupe Zárate

El establecimiento en nuestro país de inmigrantes de diversas procedencias ha marcado de distintas formas a la historia nacional. La llegada a México de chinos, franceses, menonitas y judíos —por mencionar algunos grupos de extranjeros— supuso su integración a procesos económicos y sociales ya existentes. Su participación en algunos sectores económicos fue a tal punto importante que modificó el carácter de algunos de ellos, como fue el caso del comercio ambulante. El comerciante ambulante mexicano traficaba casi siempre en pequeña escala con mercancías artesanales: alfarería, cestería, artículos agrícolas y ganaderos. Los inmigrantes, en cambio, se dedicaron a la venta de artículos sencillos pero que requerían de un proceso industrial: agujas, alfileres, artículos de ferretería y bonetería, zapatos, telas. . . en su mayoría de importación; así fueron activos promotores del consumo de productos industriales accesibles a amplios sectores sociales.

La influencia de los inmigrantes rebasó el marco económico debido a que la mayoría de ellos constituyeron organizaciones que los agruparon y representaron. Su organización permitió la continuidad de formas culturales propias, fue un medio para defender sus intereses económicos y a la vez les dio representatividad política. Los descendientes de estos inmigrantes, mexicanos por nacimiento, han mantenido estas organizaciones —en algunos casos reactualizadas— y continúan practicando un idioma, religión o costumbres particulares que los distinguen de la mayoría de la población.

Entre los distintos grupos de inmigrantes que llegaron a México en el presente siglo destaca la presencia de los judíos. Este grupo se ha caracterizado por su amplia participación en la economía, política, burocracia, intelectualidad y el arte nacional y por la conservación de sus formas de vida e instituciones comunales. Aunque

comparten con otros grupos de extranjeros algunas características, mantienen rasgos específicos producto de su tradición histórica. Los pueblos alemán, libanés o chino, no cuentan con una historia migratoria lo suficientemente importante como para haber marcado su cultura, el judío sí.

Recordaremos que este pueblo perdió su territorio en el año 70 de nuestra era, como resultado de su resistencia al dominio romano. Desde entonces la emigración fue un hecho recurrente en su historia que marcó necesariamente su cultura. A partir de una cierta homogeneidad dada por la comunidad de historia, religión, lengua, instituciones y una actividad comercial predominante, desarrollaron formas de adaptación y conservación que les permitieron mantenerse como grupo cultural diferenciado, sin territorio propio a lo largo de veinte siglos. Hazaña poco frecuente en la historia universal.

Uno de los puntos fundamentales en la conservación cultural judía, fue el mantenimiento de sus instituciones tradicionales; ellas obstaculizaron su asimilación a los pueblos con los que convivieron, si bien no lograron impedir la adquisición de rasgos culturales ajenos. La diáspora los separó física y culturalmente. Esta es la razón de que existan distintos grupos: judíos *árabes*, de Medio Oriente; *sefaradí*, originarios de España y hablantes de ladino¹ / *ashkenazíes*, europeos hablantes de yidish.² La diversidad de historias particulares ha originado la existencia de subgrupos, como serían los constituidos por judíos alemanes, polacos y rusos entre los ashkenazíes. Estos grupos y subgrupos, al emigrar y reencontrarse, no se han reconocido como pertenecientes a una sola vertiente cultural y han establecido sus organizaciones por separado. Estas divisiones desaparecen, dependiendo de las presiones externas que los obliguen a consolidarse como judíos, o de las tareas que como grupo están obligados a cumplir, como por ejemplo el sionismo.

La presencia de población judía en México originó la aparición de instituciones desconocidas en nuestra historia. Si bien la difusión de éstas fuera del grupo judío no ha sido significativa, es importante conocer la influencia que han tenido en la interacción de los procesos judío y mexicano.

I. El surgimiento de las organizaciones judías

Las primeras instituciones judías que se organizaron en el país fueron las religiosas, fundadas por sefaraditas y árabes, sectores que a principios de siglo predominaban. En el año de 1912 fundaron la Alianza Monte Sinaí, al año siguiente establecieron su propio panteón y en 1919 establecieron el primer Talmud Torá, con el fin de impartir educación religiosa a los niños.

El aumento de la población ashkenazí, debido a la inmigración, hizo necesaria la creación de organizaciones más acordes a su cultura. La fundación de organizaciones yidish rompió con la unidad inicial del grupo. Según testimonios de pioneros y miembros de la segunda generación ashkenazí, las primeras divisiones surgieron debido a diferencias en la forma de celebrar los ritos religiosos.

En el año 1922 fue fundada la primera *Ke-hilá ashkenazí* de México, la Nidje-Israel, aunque con anterioridad ya habían funcionado varias casas particulares como sinagogas, todas ellas ubicadas en el centro de la ciudad, zona de residencia de la mayoría de la población judía por esa época. También se formó un Talmud Torá ashkenazí y un Comité de Damas para auxiliar a los recién llegados.

A partir de entonces se crearon organizaciones religiosas y seculares en las que se puede reconocer la influencia de organizaciones de Europa oriental, debido a que de ahí procedía buena parte de sus fundadores, y de los Estados Unidos,

debido a que en ese país habían residido temporalmente algunos de ellos.

El año de 1923 marcó la segunda gran escisión de la comunidad judía: los sefaraditas procedentes de Grecia, Turquía y países balcánicos, hablantes de ladino, fundaron el Bikur Holim, que un año más tarde fue sustituido por la Unión Sefaradí. Paralelamente se organizaron grupos religiosos y de beneficencia propios.

En 1930 se separó el sector procedente de Alepo, Siria, hablantes de árabe, pero fue hasta el año de 1937 cuando se institucionalizó al fundar Sedaka y Marpe.

A consecuencia de estas divisiones la Alianza Monte Sinaí se declaró exclusiva de los judíos damasquinos, en el año de 1935.

La atomización continuó y en 1927 fue fundado por procedentes de Galitzia Agudath-Ajim; en 1931 se creó Tiferet-Israel, por polacos; en 1939 los hablantes de alemán procedentes de Alemania, Austria y Checoslovaquia, fundaron Hativa Menorá. En 1942 los húngaros crearon Emuna y en 1953 los hablantes de inglés procedentes de los Estados Unidos, establecieron su propia organización, la Beth-Israel Community.

Estas divisiones trascendieron el plano religioso y abarcaron el educativo, político y filantrópico.

La proliferación de organizaciones muestra que, en la comunidad judía de México, el pasado inmediato fue más fuerte que el remoto dificultando la unidad entre judíos que ya no hablaban la misma lengua, tenían costumbres distintas y hasta físicamente se diferenciaban. Mas la conciencia de pertenecer a un mismo grupo, de tener un origen común y de compartir preceptos de vida fundamentales, impidieron la completa separación. La división no llegó a culminar debido a factores de presión tanto del grupo como de la sociedad receptora.

Es importante mencionar que esta forma de organización por sectores también se ha manifes-

tado en los inicios de la historia de otras comunidades residentes en el resto de América, en las que también se ha observado un paulatino hacercamiento, que si bien todavía no ha concluido en una completa fusión, sí ha matizado sus diferencias.

En el caso de México, al igual que en las demás comunidades judías del mundo, existe una organización donde participan representantes de todos los sectores y cumple con la función de representarlos corporativamente ante la sociedad mayoritaria y el gobierno del país receptor. Es un vocero oficial hacia el exterior y la instancia más alta en la jerarquía interna; marca la pauta a seguir por la comunidad en cuestiones de política interna y en relación a México e Israel.

Esa organización representativa es el Comité Central Israelita que fue formalizado en el año de 1938, aunque con anterioridad otras organizaciones habían cumplido con las tareas de representación, auxilio y defensa de la comunidad. La primera que asumió estas tareas fue la Alianza Monte Sinaí; posteriormente la B'nai B'rith norteamericana dio su apoyo hasta que la comunidad mexicana pudo prescindir de su intervención en 1930, año en que se funda la Sociedad de Beneficencia Israelita de México y un año más tarde es reforzada por la Cámara Israelita de Industria y Comercio. Es debido a la existencia de este tipo de instituciones aglutinadoras de todos los sectores, que podemos hablar de una *comunidad* judía y no solamente de una colonia o grupos judíos residentes en México. Es la organización lo que le confiere la cualidad de comunidad.

II. Ayuda mutua y endogamia

Las necesidades de la comunidad judía en México requirieron de la formación de distintos tipos de organizaciones. Así, por ejemplo, la continua llegada de inmigrantes provocó la creación de sociedades de ayuda que se encargaran de

financiar a los recién llegados hasta el momento en que éstos encontraran colocación y de auxiliarlos en sus trámites ante las autoridades migratorias mexicanas.

La reproducción histórica de la institución de la *ayuda mutua*, fue un factor fundamental en la orientación de las actividades económicas del grupo. El hecho de que, por aquella época, la mayoría de los judíos ya establecidos fueran comerciantes hizo que la integración de los nuevos inmigrantes a ese factor fuera más fácil que a cualquier otro. Esto es, el grupo establecido podía auxiliar solamente dentro de un determinado marco de posibilidades al recién llegado, y al auxiliarlo condicionaba intensamente su ingreso al sector comercial, ya fuese al emplearlo como vendedor o al venderle mercancías a crédito para que él a su vez las vendiera por su cuenta. Un pionero contaba que al llegar se dirigió al centro comunitario, donde se le ofreció el mismo empleo que casi todos tenían, vendedor ambulante.³

Esta ayuda también contribuyó, en algunos casos, al financiamiento del tránsito del comercio ambulante al establecido y del comercio al taller manufacturero. Con ese fin fueron establecidas *cajas de préstamos* y cada sector contó con la suya. Inicialmente estas cajas prestaban cantidades pequeñas a bajos réditos. Esta forma de autofinanciamiento proliferó y fue el antecedente del Banco Mercantil, fundado por judíos inmigrantes. Una de las cajas recibió, en el año de 1927, la ayuda de la organización norteamericana B'nai B'rith.

Esta institución crediticia israelita se dedicó a entregar préstamos, descontar letras y hasta empezó a aceptar depósitos de sus clientes, formados en su mayoría por comerciantes, pequeños negociantes y propietarios de pequeñas fábricas y talleres.⁴

Al retirarse la B'nai B'rith y ante la amenaza

de quedarse sin créditos, se planteó la necesidad de crear un banco. Las autoridades mexicanas de Hacienda y Crédito Público, alentaban a su creación. Así fue como surgió el Banco Mercantil de México, S. A., en el año de 1933. El banco también otorgaba subvenciones a instituciones de beneficencia de la comunidad.

En el año de 1931 crearon la Cámara Israelita de Industria y Comercio, donde se agruparon todos los sectores para defender sus intereses económicos. En el acta constitutiva declaraban su deseo de mantener estrechas relaciones con el gobierno federal y de los estados; además de otras instituciones industriales y comerciales. Entre sus servicios estaba proporcionar información a sus agremiados acerca de los artículos de mayor venta, del registro de importaciones, de los impuestos, etcétera. Contó inicialmente con 298 miembros, 170 de ellos eran comerciantes y 92 industriales. También participaron 36 miembros de provincia. El yidish fue el idioma empleado en la Cámara y el idioma oficial el español.⁵ Este organismo en una época también tuvo la función de defender a la comunidad de publicaciones y actos antisemitas.

En conclusión se puede afirmar que la ayuda mutua fue un factor determinante para nuclear a la inmigración ya que el individuo encontraba en la comunidad alternativas para satisfacer sus necesidades inmediatas, económicas, legales, religiosas y afectivas; estableciéndose una relación de dependencia del individuo hacia la comunidad. La ayuda mutua cumplió con tres objetivos fundamentales: auxiliar a los recién llegados, proveerse de financiamientos y defender sus intereses ante la sociedad receptora. Además tuvo como efectos implícitos: orientar la primera fase de la integración económica del grupo hacia el comercio, evitar la proletarización y sentar las bases de su homogeneidad social.

Muy cercana a la ayuda mutua está la endo-

gamia, el matrimonio entre miembros del mismo grupo. En el caso judío existió una estrecha relación entre ambas instituciones. Para cuantificar los niveles de endogamia únicamente he contado con la información de dos archivos de provincia, y, sobre todo, de entrevistas. Si bien esta información no es suficiente para hacer una generalización, sí es ilustrativa del grado de endogamia, particularmente el periodo 1900-1970.

Descontando menores, solteros, divorciados y viudos, se tiene un porcentaje de endogamia del 62% en Guadalajara⁶ y del 69% en Puebla.⁷ En entrevistas realizadas en las ciudades de Guadalajara, Puebla, Cuernavaca y el Distrito Federal.⁸ se pudo observar que la endogamia, en el caso de los pioneros, fue casi absoluta. Los matrimonios se realizaron con miembros pertenecientes al mismo sector y subgrupo: polacos con polacos y alepeños con alepeños, por ejemplo. Esto es explicable porque buena parte de ellos llegaron ya casados y otros esperaron la llegada de paisanos que compartieran su idioma y costumbres particulares. Fue hasta la segunda generación cuando se realizaron matrimonios intragrupal y los primeros casamientos con no-judíos. En los matrimonios mixtos es frecuente la conversión del cónyuge al judaísmo. Tradicionalmente el judaísmo se transfiere por vía materna, así que los hijos de una judía conversa no son exactamente judíos, y sí lo son, sin ninguna duda, los hijos de una mujer judía aunque el esposo no se convierta al judaísmo. Reza el refrán: hijo de vientre judío, judío.

La presencia de la mujer en la inmigración judía es muy importante, debido a que es fundamentalmente ella la conservadora y reproductora de las tradiciones y costumbres en la vida cotidiana. Además es quien, en el periodo de la infancia, transmite a los hijos buena parte de los valores culturales. Es ella la que moldea algunos de los rasgos culturales que se manifestarán consciente o inconscientemente a lo largo de la vida.

En el caso de otros inmigrantes, chinos y coreanos por ejemplo, que casi no trajeron mujeres, experimentaron una rápida pérdida de su cultura. La soltería o los matrimonios mixtos impidieron la continuidad de sus tradiciones al carecer de su reproducción en la vida cotidiana.

Así pues, el hecho de participar en un mismo sector económico, contar con financiamiento dentro del propio grupo y casarse con miembros de la misma comunidad, favoreció la capacidad de acumulación y la homogeneización social de los inmigrantes judíos, condiciones fundamentales para explicar su rápida movilidad económica y su continuidad como grupo cultural diferenciado.

III. Las organizaciones políticas y culturales

La comunidad judía tuvo también una intensa actividad artística y política. Conferencias, veladas literarias, debates, representaciones teatrales, la organización de grupos de distintas tendencias ideológicas y las publicaciones son muestra de esta actividad.

Es notable la proliferación de organizaciones y publicaciones políticas durante las décadas de 1920 y 1930, así como es significativo que en la década anterior hubieran predominado las religiosas, que aunque mantuvieron su importancia, estuvieron acompañadas desde entonces de las organizaciones seculares.

Las organizaciones políticas, educativas y artísticas proliferaron en los distintos sectores de la comunidad, siendo el sector ashkenazí el más activo y heterogéneo.

En el año de 1922 fue fundada la Young Men's Hebrew Association, organización secular pionera que marcó la pauta en la conformación de otros grupos. Fue organizada por inmigrantes que habían residido una temporada en los Estados Unidos y se amplió conforme aumentó la inmigración. Contó con una caja de préstamos para dar crédito a los pequeños comerciantes y

creó una agencia de empleos. En 1926 estableció su domicilio en Tacuba 15, dirección famosa e inolvidable entre los pioneros y la primera generación. Cambió de nombre por el de Organización Juvenil y más tarde por el de Club Cultural Israelita y, finalmente por el de Centro Cultural. Permanecieron en esa dirección hasta el año de 1942 y fue el lugar de reunión de distintas oficinas de beneficencia, culturales y sociales. Contaba con una biblioteca y un restaurante.

Surgieron otras organizaciones que cumplieron con la doble función de aglutinar y de posibilitar la reproducción de su cultura; una pionera cuenta:

Uno trabajaba en lo que podía de día y de noche se formaba como [una] especie de club, llegaban en la noche para actividades culturales (...) Asistían hombres y mujeres, todos. (...) Casi diario llegábamos a conferencias y pláticas y cosas así. A veces había gente que podía hacer una presentación, una obra, cosas por el estilo; literarias y cosas de actualidad (...)⁹

Los aboneros y comerciantes establecidos, los casados y solteros, después de un día de trabajo iban a la tertulia, ahí hacían amigos, encontraban pareja, se comentaban las cartas que mandaba la familia y compartían las buenas y malas noticias que se recibían del terruño. Pero no solamente se reunían por motivos sociales, también estuvo muy presente la política.

Fue el sector ashkenazí el más radical en sus posiciones políticas y el que más agrupaciones con este carácter organizó; fue también el que más revistas y periódicos editó. Para la explicación de este fenómeno es muy importante tener en cuenta que los judíos procedentes de Europa oriental habían experimentado un proceso de proletarización y, a la vez, de politización muy fuertes.

En 1897 el proletariado judío organizó el partido socialista Alianza General de obreros ju-

díos de Lituania, Polonia y Rusia, más conocido como Bund. La ideología de esta organización partía de que la emancipación judía estaba ligada a la transformación de toda la sociedad; en el capitalismo eran doblemente explotados, como minoría y como clase (incluso por la burguesía judía) y su emancipación solamente hubiera sido posible con la implantación del socialismo. Mantuvieron estrechas relaciones con los partidos de izquierda rusos y polacos, pero siempre conservaron y defendieron su posición étnica: autonomía en la diáspora y rechazo al sionismo como solución.

Con estos antecedentes es comprensible la actuación de estos judíos que se manifestaron abiertamente como socialistas y, algunos de ellos, incluso como anti-sionistas. Intentaron vincular su propio movimiento con el de las organizaciones obreras mexicanas, pero fracasaron porque si bien su ideología era obrera, en la práctica eran pequeños propietarios (comerciantes o manufactureros), condición que los alejaba cada vez más de la población trabajadora y sus luchas. En el año de 1927 fue fundado el Radical Arbeter Tsenter, por disidentes de la Sociedad Cultural Judía. Ninguno de los integrantes era obrero y se trataba de vendedores ambulantes y manufactureros incipientes. Su objetivo era organizar a los trabajadores judíos y unirlos con los mexicanos para luchar conjuntamente por sus reivindicaciones. Fundaron una caja de préstamos y realizaron colectas para contribuir a la causa sandinista en Nicaragua.

Si bien hubo la intención de vincularse a la política nacional —como muestra el ejemplo anterior— la mayoría de las organizaciones políticas judías estaban orientadas hacia el sionismo.¹⁰ La primera manifestación pro-Israel se celebró en el mes de noviembre de 1918, y con ella se iniciaron las actividades sionistas en México. Esta manifestación conmemoraba el primer aniversario

de la *Declaración Balfour*, en la que se había autorizado el establecimiento de una colonia judía en Palestina, en ese entonces protectorado inglés.

En 1923 se fundó el primer partido político judío en México, el Poalé Sion (Trabajadores de Israel), que desapareció poco tiempo después para resurgir en 1928. Este partido luchaba por el establecimiento de una patria judía socialista en Palestina.

Paralelamente se organizaron otros grupos que tenían por objetivo enviar ayuda económica para la liberación israelí, como el Keren Kayemet y el Keren Hayesod, fundados en 1921. En el año de 1929 se realizó la primera campaña nacional para recolectar fondos y en este año se convocó a un mitin, en el que también participaron mexicanos, para apoyar la independencia de Israel.

Aunque la mayoría de las actividades políticas de la comunidad se orientaron hacia Israel, el movimiento sionista mexicano, en sus inicios, no fue homogéneo. Había acuerdo respecto al establecimiento de una patria judía, pero había distintas posiciones acerca de cómo debería de ser esa patria. Hubo organizaciones socialistas como la Liga en pro de Fretz Israel Trabajadora; otras "revisiónistas" como Jerut (Libertad). De 1923, año de fundación de las primeras organizaciones sionistas mexicanas, a la década de 1940 se crearon 12 grupos sionistas. Incluían distintas posiciones políticas, se dividían por sectores y por generaciones. Hubo específicas para jóvenes como Zeirei-Yehuda y para mujeres, WIZO. Los safaraditas formaron las suyas por separado: Se-faradí en 1936 y WIZO en 1938.

Como se sabe el sionismo supone el retorno de todos los judíos del mundo a Palestina, la tierra de sus antepasados. Este movimiento migratorio cobró auge en el presente siglo debido a la agudización de las persecuciones en la Europa

fascista y como resultado del Holocausto, donde fueron asesinados cerca de seis millones de judíos, que constituían aproximadamente el 37.5% del total de la población judía mundial. La existencia de cientos de miles de refugiados sin hogar hizo necesaria la creación de un Estado judío, y fue en este sentido que el 29 de noviembre de 1947 la ONU resolvió autorizar su establecimiento en Palestina. Después de años de lucha armada y negociaciones con Inglaterra, los judíos lograron la independencia el 14 de mayo de 1948.

Esta situación internacional tuvo su respuesta en la comunidad de México, de tal manera que el sionismo aquí practicado, en las primeras cuatro décadas del siglo, tuvo un profundo contenido anticolonialista y liberador e incluía una ideología socializante, ideología que, sin pretenderlo, estuvo acorde con los principios de la política exterior mexicana, particularmente durante el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas. Fue ésta una coincidencia muy afortunada para la comunidad, ya que por esa época surgieron en el país grupos pro-nazis, que realizaron una activa propaganda anticomunista y antisemita. Las actividades de estos grupos de derecha no prosperaron y una causa importante de ello fue el repudio del gobierno cardenista. A la actitud del gobierno se le sumó el rechazo de las organizaciones obreras y campesinas y la falta de arraigo entre el pueblo. Los grupos antisemitas quedaron, pues, políticamente aislados.

La emigración de judíos mexicanos hacia Palestina se inició en 1934, pero no tuvo el carácter de masiva, ni siquiera después de proclamada la independencia israelí. En la mayoría de los casos el viaje a Israel se reduce a estancias temporales en kibbutz (particularmente entre la segunda y tercera generaciones) y vacaciones (sobre todo entre los pioneros), con el fin de conocer el país más que con la intención de establecerse definitivamente.

En el caso de los pioneros prevalece todavía un sionismo religioso, que no implica necesariamente el establecimiento en Israel. Un sefaradí explica su posición: "Israel es para mí como el Vaticano para los católicos. ¿Usted se iría al Vaticano? No, ¿entonces por qué tendría que irme yo a Israel?"¹¹ En otros su posición responde al temor de un nuevo Holocausto: "Israel es nuestro seguro de vida".

Las organizaciones sionistas mexicanas cumplen sobre todo con la tarea de recolectar donativos para Israel, continuando de esta manera la antigua tradición, instituida hacia el siglo V a.c., de las colonias de la diáspora de enviar ayuda a Palestina. Israel constituye el centro de la diáspora contemporánea, centro antes religioso y ahora político; pero ni antes ni ahora económico. Las comunidades repartidas en el mundo tienen una vida autónoma, insertas en los procesos económicos y sociales de los países receptores y llevan una vida cultural propia. Muestra de este proceso es el hecho de que la población judía residente en Israel ocupa apenas el tercer lugar en importancia mundial, superada por las comunidades de los Estados Unidos y la Unión Soviética.

El hecho de contar, después de siglos, con un territorio propio no ha supuesto, mecánicamente, la concentración de todos los judíos en un solo territorio. Es, además, poco probable que desaparezcan las comunidades dispersas por el mundo. La continuidad histórica y cultural de este pueblo no ha necesitado antes, ni ahora, de la permanencia de todos en un país. El caso de México, en ese sentido, es similar al de otras comunidades; se ha elegido permanecer en la diáspora manteniendo lazos muy estrechos con Israel a través de las organizaciones sionistas, cumpliendo con funciones de apoyo y propaganda dentro y fuera de la comunidad.

El hecho de ser ideológicamente sionistas y de no querer emigrar a Israel, hizo necesaria la

revalorización de la diáspora. En la comunidad mexicana fue Samuel Kahan quien, en 1945 con su libro *Judeo-Mexicano*, inició la reflexión al respecto y lanzó un llamado a la comunidad a integrarse en todos los aspectos al país que los había acogido. No pretendió que se olvidara a Israel y sus luchas, pero no admitía el monopolio ideológico del sionismo.

Después de Kahan otros intelectuales y artistas judíos han contribuido a la formación de una cultura judeo-mexicana, aún en construcción. La participación judía en los campos económico, político, intelectual y artístico, es un hecho cotidiano y han impregnado con su presencia la cultura nacional.

Su participación como comunidad organizada en la vida política nacional se ha realizado principalmente a través de relaciones directas con funcionarios, de la colaboración con dependencias oficiales de salud y beneficencia, de obras filantrópicas y actos simbólicos como la donación de estatuas de judíos destacados, escuelas, becas, etcétera.

IV. La prensa judía en México

Fue frecuente que, paralelamente a la actividad artística y política, se editaran periódicos y revistas. La prensa judía se inició en el país en 1923 con la publicación de *Nuestra Palabra*, del partido Poalé Sion. Durante la década de 1920 aparecieron 5 publicaciones y en la década siguiente aumentaron a 20. Entre ellas hubo de tendencia socialista y sionista; en yidish y español; dedicada específicamente a niños y jóvenes. La mayoría incluía una sección de actividades artísticas y de literatura.

Después de 1939, continúan editándose algunas publicaciones y, muy esporádicamente, aparecieron otras nuevas. En las más recientes prevalecen el contenido social, cultural y sionista,

menos polémicas, se trata por lo general de boletines de las sociedades de beneficencia y anuarios. La gran efervescencia política terminó hacia los últimos años de la década de 1930. La diversidad y heterogeneidad pierden fuerza en la medida en que se consolida su posición económica, que se reduce la inmigración y las generaciones nacidas en México inician su participación en la organización de la comunidad.

Fueron muchos los pioneros que trabajaron como escritores, músicos, actores y pintores en esas décadas y sin embargo la mayoría de ellos solamente fueron conocidos dentro de la comunidad. Fue gracias a su trabajo que una de las formas que adquiere la cultura: el arte y la literatura, se continuaron en el país.

V. Las organizaciones religiosas y educativas

Para los judeo-mexicanos la religión sigue siendo uno de los principales elementos de identidad y, a la vez, de división. Las diferencias rituales provocaron que ashkenazíes, sefaradíes y árabes, organizaran sus sinagogas por separado. Las primeras sinagogas fueron simples departamentos o casas rentadas, donde se combinaban actividades religiosas y seculares. En 1923, la Alianza Monte Sinaí mandó construir el primer edificio exprofeso en el centro de la capital, que era en ese entonces la zona de residencia de la mayoría de la población judía.

La movilidad económica ascendente de la mayoría de los componentes del grupo judío, conllevó al desplazamiento del domicilio familiar y de las sinagogas. Es posible observar que la ubicación de las sinagogas se corresponde exactamente con las principales áreas de residencia judías, siguiendo así, deliberadamente o no, un patrón muy antiguo en el que el templo funcionaba como el centro que nucleaba a los residentes de determinada área. Las primeras sinagogas se localizaron

en el centro de la ciudad, posteriormente en las colonias Roma e Hipódromo-Condesa y en la actualidad en Polanco y Tecamachalco. Es evidente que se desplazaron de una zona netamente comercial y popular hacia zonas de clase media y burguesía. Es importante mencionar que los templos continúan funcionando en las tres zonas, aunque la concurrencia ha ido disminuyendo en algunos de ellos.

La continuidad de la cultura judía requirió también la creación de organizaciones educativas. Las primeras escuelas que se formaron tuvieron exclusivamente la función de enseñar los textos sagrados, el Talmud Torá, posteriormente introdujeron cursos de educación secular. El primer Talmud Torá fue fundado por damasquinos en el año de 1919, y los ashkenazíes crearon en 1924 el Colegio Israelita, la primera escuela secular. Después de este primer impulso no se establecieron más colegios sino hasta veinte años más tarde.

La gran mayoría de la segunda generación (formada por los que llegaron al país siendo niños y los primeros nacidos en México), no pudieron educarse en escuelas judías; asistieron a las de gobierno los pobres y a escuelas de paga (incluso católicas) los que contaban con más recursos. Esta generación tuvo a temprana edad un intenso contacto y relación con la cultura mexicana, se familiarizaron con el idioma, la comida, las costumbres y la historia nacionales. Sus nuevas adquisiciones fueron trasladadas a su hogar y contribuyeron a alterar la cultura de origen traída por padres y abuelos.

Un ejemplo de ello es que los pioneros usaron cada vez más el español para comunicarse con sus hijos y la lengua materna se reservó casi únicamente para comunicarse con el cónyuge y otros pioneros. Los niños dentro de la familia sólo usaban el árabe —por caso— para comunicarse con los abuelos. Fueron muchos los pioneros

ancianos, sobre todo las mujeres, que no aprendieron el español o que se resistieron a emplearlo como medio de comunicación con sus nietos. Así que, aunque la segunda generación aprendió yidish, árabe o ladino, al no poderlo usar en todos los ámbitos de su vida lo fueron relegando, dando como resultado un empobrecimiento de vocabulario, el olvido parcial y, en algunos casos, el abandono definitivo.

El ladino fue el idioma que más rápidamente se abandonó, abandono facilitado por su semejanza con el español. A este respecto es ilustrativa la anécdota que se cuenta acerca de una anciana inmigrante sefaradí —procedente de Turquía— donde únicamente los judíos hablaban castellano, que al llegar al puerto de Veracruz y escuchar el idioma nativo exclamó " ¡ Aquí todos son judíos!"

El uso del árabe también se ha ido perdiendo. La dificultad de su práctica cotidiana ha conducido a ello. Las nuevas generaciones han optado por aprender, además del español, un idioma que se acomode mejor a las necesidades actuales, como por ejemplo el inglés.

Entre los ashkenazíes ha habido una abierta intención primero, y una política educativa después, por conservar el uso del yidish. Publicaciones y escuelas donde se imparte su enseñanza dan muestra de ello. A pesar de que la segunda generación mal aprendió y medio olvidó el yidish, razones por las que no pudo transmitirlo completamente dentro del hogar, sus hijos en la *escuela* lo han recuperado.

Fue en los primeros años de la década de 1940 cuando se fundó el mayor número de colegios, que aún existen. Cada sector cuenta con el suyo, incluso los hay de diferentes tendencias: hebraristas, yidishtas, tradicionalistas, bundistas, todos ellos sionistas.

La creación de escuelas ha contribuido a la transmisión y conservación de su cultura, a la vez que ha posibilitado la reunión de las nuevas generaciones. Sin embargo, también contribuyen a

mantener la separación entre los sectores, postergando la reunificación de la comunidad. Uno de los factores de desacuerdo ha sido, en materia educativa, el idioma que debería de impartirse en las escuelas: yidish, ladino, árabe, inglés o hebreo, por las implicaciones culturales que cada uno de ellos representa. Por ejemplo ningún sefaradí se muestra dispuesto a aprender el yidish porque culturalmente le es ajeno. El uso de hebreo parecería la mejor posibilidad, debido a que es el idioma tradicional y el usado actualmente en Israel, sin embargo no ha sido posible, porque cada uno de los grupos judíos en México defiende su identidad particular, y no están dispuestos a renunciar a su historia, idioma y costumbres propias, porque esa es *su* manera de ser judíos.

VI. Hacia una cultura judeo-mexicana

Con la organización de instituciones religiosas, educativas y políticas, los pioneros de la comunidad judía, buscaron reproducir su cultura original (judeo-damasquina, polaca, griega, etcétera) en nuestro país. Sin embargo, esta reproducción cultural no pudo ser plena, puesto que ya no estaban en Damasco, Polonia o Grecia, por caso, sino en México. No es posible pensar que los grupos, por tradicionalistas que pudieran parecer, queden completamente indiferentes a las modificaciones del derredor social. Las culturas, consideradas como procesos, están expuestas siempre al cambio, esta posibilidad de modificación aumenta cuando se emigra hacia otro territorio geográfico y cultural.

No se trata, en el caso de los judíos, de un grupo que produzca lo que consume —condición que podría haber contribuido a conservar con mayor fidelidad su cultura original, como es el caso de los menonitas de Chihuahua— sino de un grupo que se integró inicialmente al comercio, actividad que les impuso la relación constante

con productores y consumidores que no pertenecían a su comunidad. La consecución de sus medios materiales de vida impuso a los judíos la relación con el nuevo contexto. Este continuo trato con no judíos hacía indispensable la adquisición de conocimientos de la nueva cultura, los más inmediatos: aprender a hablar español, los tipos de moneda, las pesas, las medidas, las necesidades de consumo de la población, los gustos de sus clientes en el campo y en la ciudad ya que de todo ello dependía su éxito.

El proceso mexicano es el que impone, favorece o limita las actividades judías. La comunidad no está encapsulada culturalmente dentro del país, forma parte de él. Es parte constitutiva de la cultura nacional, entendida ésta como el conjunto de culturas particulares que se practican en el territorio mexicano. Las relaciones que establecen entre sí estas culturas particulares no son, casi nunca, equitativas. El carácter económico-social de cada grupo cultural es fundamental para determinar el tipo y las condiciones de la relación. Han sido las condiciones socio-económicas de la mayoría de los integrantes de la comunidad las que han permitido la práctica de su cultura tal como se realiza.

La cultura judía ha experimentado modificaciones —que son muestra de su capacidad de integrar elementos de una cultura distinta a la suya—. Esta ha sido la condición que tuvieron que

cumplir para lograr un rotundo éxito en su integración al país. Sinagogas, escuelas, agrupaciones políticas, publicaciones, etcétera, han sido posibles debido, en buena medida, a ese éxito.

Es importante hacer una reflexión final acerca de las causas de la permanencia y desaparición de algunas organizaciones judías en México. Es un hecho que la emigración implica la paulatina desaparición de aquellas formas organizativas propias del contexto que se abandona. Así por ejemplo, las organizaciones políticas de izquierda de los judíos de Europa oriental, formadas como una respuesta a las necesidades particulares del proletariado, pierden su sentido al emigrar a México e integrarse económicamente al sector comercial como pequeños propietarios, en una primera fase. No sucede lo mismo con las organizaciones que cubren necesidades más generales y permanentes como son la transmisión y conservación de su cultura, que implican el mantenimiento de instituciones religiosas y educativas y que han sido las que perduraron.

La sucesiva aparición y desaparición de organizaciones en los primeros tiempos de la comunidad es también una muestra del grado de heterogeneidad ideológica y social prevaleciente entre los primeros inmigrantes. Heterogeneidad que se matizó conforme se definía la ubicación económico-social de la mayoría del grupo.

NOTAS

- ¹ El ladino está formado por castellano del siglo XV y vocablos hebreos fundamentalmente; a éstos se les sumaron otros en griego, italiano, árabe y turco, adoptados durante su residencia entre esos pueblos.
- ² El yidish está formado por alemán medieval y vocablos en hebreo principalmente, enriquecido con términos en ruso y polaco.
- ³ Elizabeth Broid, *La diáspora mexicana. Seis judíos del siglo XX*, tesis de licenciatura en historia, Universidad Iberoamericana, 1980, p. 92.
- ⁴ León Sourasky, *Historia de la comunidad Israelita de México, 1917-1942*, México, Imprenta Moderna Pimentel, 1965, p. 179.
- ⁵ *Ibid.*, p. 201-203.
- ⁶ Archivo de la Secretaría de Gobernación. Oficina de Población, Guadalajara, Jalisco.

- ⁷ Archivo del Ayuntamiento de Puebla, departamento de ex-tranjería.
- ⁸ Banco de datos de Estudios Étnicos, INAH, en adelante BDEE.
- ⁹ *Entrevista a la señora Elizabeth Shapiro, pionera de origen ruso, realizada por Guadalupe Zárate M., en el Distrito Federal en noviembre de 1977.* BDEE.
- ¹⁰ Teodoro Herzl fue el precursor del sionismo político, que tenía por objetivo fundamental el establecimiento del Estado judío en Palestina, y esta visión estaba despojada del contenido religioso que tenía anteriormente. Postulaba la emigración ante la incompatibilidad de los judíos con las naciones en las que residían y posteriormente se integraron ideas socialistas. Esta corriente estuvo representada por los judíos rusos y polacos.
Entrevista a pionero sefaradí, realizada por Guadalupe Zárate M. en la ciudad de Guadalajara, Jal., en 1977. BDEE.